

## el regreso a la tradición narrativa

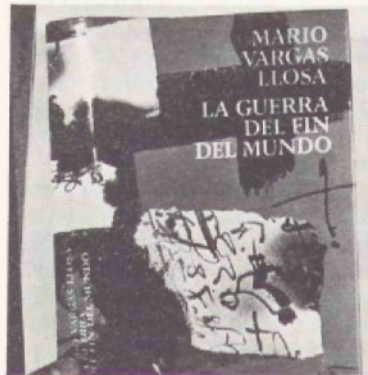
JORGE EDWARDS

Termino de leer dos novelas que representan casos extremos en sus respectivos géneros: *La guerra del fin del mundo*, de Mario Vargas Llosa, y *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco. Ejemplo, la primera, de novela ambiciosa, vasta, de muchos personajes, grandes conjuntos, numerosos relatos paralelos; pequeña obra maestra, la de Pacheco, por su concisión, su penetración y su fuerza contenida.

A pesar de las diferencias obvias, ambas tienen puntos en común que son interesantes y reveladores. Desde luego, en ambas existe una base histórica, un telón de fondo —época y escenario—, descrito en forma perfectamente rigurosa. José Emilio Pacheco lo sacó de su memoria de



Mario Vargas Llosa



adolescente, pero lo completó con un estudio serio de ese período del México moderno. Tardó largo tiempo (me confesó hace poco) en escribir las sesenta y tantas páginas de *Las batallas en el desierto*. Vargas Llosa dedicó cinco años a la investigación de su tema en los libros y en el terreno mismo, incluyendo conversaciones en el Nordeste brasileño con personas que recordaban los sucesos posteriores a la derrota de Antonio Conselheiro.

Otro rasgo en común, que señala una reacción frente a la tendencia dominante hace diez o quince años: ninguno ha querido crearle complicaciones innecesarias al lector. Se terminaron los juegos numéricos de *Rayuela* o los saltos temporales de *Conversación en la Catedral*. Adiós a la

teoría ingeniosa, y por lo demás machista, del "lector macho", activo, y el "lector hembra", pasivo frente al texto. Vargas Llosa maneja sus innumerables historias con un orden y una progresión perfectos; así, después de entrar en materia (cosa que le cuesta un poco), atrapa la atención del lector y no la suelta hasta la última línea.

Lo mismo hace Pacheco, empleando la ironía, la nostalgia y, por encima de todo eso, una especie de visión acerada, despiadada, de la sociedad mexicana. Su relato, breve y fuerte, no deja un segundo de respiro al lector. Agarra el tema y le saca el jugo en pocas palabras, sin permitirse digresiones ni adornos. Convierte de este modo su condición de poeta epigramático, que domina la lengua, en aliada de su prosa. No es una dualidad frecuente. La facilidad poética suele provocar hojarasca en la narración.

¿Son síntomas de una reacción conservadora, de una vuelta al antiguo régimen literario, o indicios de un paso adelante? El tiempo nos dará una respuesta equilibrada. De lo que no hay duda es de que las tablas actuales de jerarquías, favorecidas por la pereza de los críticos y la rutina de los profesores, se verán revisadas y alteradas con el paso de los años.

encerrar la dama

ALFONSO CALDERON

Guillermo Rodríguez: *Encerrar la dama*, Editorial Pomaire, Buenos Aires, 1981, 246 pp.

A partir de Homero, una expedición comercial, la búsqueda de factorías, un conflicto de intereses o un cruce de culturas,

se convierten en una épica, trascendiendo el suceso germinal u originario y marchando a horcajadas sobre el mito. Aun con todos los riesgos que arrancan de aquello que T.S. Eliot llamó "excesos perdonables", la cólera de Aquiles, las trapacerías de Ulises, la ligereza de cascos de Helena de Troya<sup>1</sup>, la timidez de Telémaco o la facundia de Néstor valen no como 'información', sino como figuras que se proyectan en un espejo mítico.

Con los sueños de gloria y las angurrias de una joven llamada Eva Duarte, y sus deseos y aspiraciones secretas: llegar a ser actriz y ver su nombre en una vía láctea de mentirijillas, el escritor argentino Guillermo Rodríguez apenas logra la conciencia de una forma y la creación de un personaje, porque la actitud emocional, en este caso, supera largamente a una escritura.

Si al novelista le interesa examinar el hervidero que es y ha sido la sociedad argentina, la 'vi-



Eva Duarte

sible' y la 'invisible', repasando las inmigraciones, el avance del anarquismo en las luchas obreras de comienzos de siglo, los destellos de la oligarquía argentina en todas las épocas, aunque particularmente en la llamada "década infame", para mostrar a Eva como un símbolo del desquite, y a Juan Domingo Perón como un hombre que desea volverse Pigmalión, hay algo que fracasa desde un comienzo, lo

que no ocurre, por ejemplo, ni en **Martín Fierro** ni en **Facundo**, en los que ambos autores ofrecen rostros y no máscaras, en espera de la encarnación de sus héroes.

La novela **Encerrar la dama** es directa, fácil, entretenida, pero hay en su estructura una debilidad, la que ofrece visiblemente un conjunto de huellas, y el martilleo en el tinglado, los movimientos de los hilos en una progresión innecesaria. Porque el introducir, mediante un artificio, los hechos de la caída de la República española y el franquismo, y desear, al mismo tiempo, proyectarlos históricamente es ambición excesiva, en este caso, a la luz de los resultados. El zapato de Cenicienta resulta pequeño para una gigante baudelairiana, por lo menos en una línea aceptablemente imaginaria.

1 "Helein", en griego es raptar. Helena es, pues, "la raptada" por antonomasia.